

318

LA ALBORADA
 SEMANARIO
 DE LAS FAMILIAS.



LITERATURA, ARTES, EDUCACION, TEATROS Y MODAS.

AÑO I.

Lima, Sabado 17 de Julio de 1873

Núm. 40.

SUMARIO.

Historia de una rubia, por ***—Las hermanas de la caridad, por Telésforo Garcia.—El alma de Judas, por P. I. C.—La calavera de una Dama, por Miguel Luis Amunátegui.—En un Album, poesía, por Ricardo Palma.—Modas, por la señora Angela Carbonel.—Contrastes matrimoniales, por la señora Carmen Garrido de Alvarado.—Mosaico, por la señorita Adriana Buendia.—Charada.—Permanente.

EL vapor del Sur, que llegó el Jueves, nos trajo la triste noticia del fallecimiento prematuro de nuestro Ministro en Chile Dr. **Agustin Reynaldo Chalcaltana**.

La prensa entera lamenta con justicia la pérdida de uno de sus mas distinguidos escritores; la redaccion de LA ALBORADA, se asocia à tan justo dolor enviando à su digna familia su mas cordial pésame.

LA REDACCION.

HISTORIA DE UNA RUBIA.

SE llamaba Sofía, y era chiquita, bien formada, graciosa, pizpireta y sensible hasta la pared de enfrente.

De sus ojos brotaban rayos, de sus labios flores. Su corazon era fragua. Amaba al por mayor. Deliciosa rubia.

Tuvo tres novios... reconocidos oficialmente por la mamá.

El primero era un estudiante poco estudioso.

El segundo, hijo de un boticario muy tacaño y avaro.

El tercero, un gacetillero pobre (y ustedes dispensen el pleonasma).

Sofía quería à los tres. ¡Rubia magnánima! A los tres dió inequívocas muestras de su cariño. Oh liberalísima rubia!

Pobre niña! el caso es que no se casó al cabo con ninguno de ellos. ¡Arcanos inescrutables del destino!

Pero vamos por partes.

II.

El estudiante se llamaba Angel, y era muy bonito, eso sí, pero haragan de una manera hiperbólica, y enemigo recalcitrante de los libros, de las *culebras* y del matrimonio.

Sofía estaba enamorada de él como puede estarlo una jóven de diez y siete años, ávida de emociones y sensible hasta dejarlo de sobra.

Se vieron y se amaron. El exhaló cinco ó seis suspiros, y ella un ay! que seguramente queria decir: *¿hay lo que se busca?* esto es, amor, correspondencia, cariño.

Y el estudiante la siguió à todas partes, y se hizo presentar en su casa, y à las primeras de cambio declaróla su atrevido pensamiento.

Y ella dijo que si... iba con buen fin, no tendria inconveniente en corresponder à su cariño; y como el estudiante no abrigaba por cierto la morrocotuda idea de casarse, contestó que sí, esto es, que sus intenciones eran excelentes... bajo cierto punto de vista.

Y Sofía lo creyó à pié juntillas, porque nin-

guna mujer se muestra incrédula en circunstancias parecidas, y la palabra de sus novios es el Evangelio.

Pasaron dos meses. Sofía estaba cada dia mas enamorada de Angelito, y en cuanto pasaban dos horas sin verlo, se echaba à llorar como una Magdalena, porque lo que decia ella, tal vez le habrá sucedido alguna desgracia, ó le habrá dado el sarampion, ó estará sufriendo las terribles consecuencias de algun discurso político, de esos que se pronuncian en los clubs electorales.

Pero Angelito volvía por fin à sus brazos, y entónces la alegría volvía à su corazon y la sonrisa à sus labios.

Su corazon latia con violencia, las lágrimas secábanse en sus ojos, y los temores huían de su alma cual bandadas de amedrentadas aves.

—¿Me amas mucho, Angel?—murmuraba la rubia con inefable acento.

—Oh, mucho!—respondia él con melodramática intencion.

—Y si alguno te disputara mi cariño, ¿serias capaz de matarle?

—Desde luego!... si fuera alguna *culebra* mia.

—Si supieras!... he estado llorando una hora cinco minutos, viendo que no venias.

—Ya estoy aquí, alma mia, y te quiero mas que nunca.

—Si me olvidaras, seria capaz de suicidarme.....

Tres dias despues, Angelito la olvidó.

Al saberlo Sofía, dícese que exclamó por lo bajo:

—¡Qué bien hice en dar esperanzas al rubio! Gracias à Dios no me quedaré sin novio

III.

El sustituto de Angel era el hijo del boticario, muchacho muy bestia y muy arrimado

á la cola, y redactor, por mas señas, de un periódico semanal, titulado *La vara de José*. ¡Con una de acebuche debian medirle las costillas las señoras musas!

El rubio ese llamábase Carlos y no tenia mala figura, aunque sus facciones nada absolutamente expresaban. Su rostro era un libro en blanco. Sin embargo, sus papás y sus apreciables tías se deshacian en elogios de su admirable talento, y le presajiaban un porvenir de color de rosa, pues con la misma facilidad se sonaba las narices que componia un soneto, no con estrambote sino estrambótico, y con tan felices disposiciones no podia menos que conquistarse un elevado puesto en la república de las letras.

Sofía se alegró en el alma de haber hecho semejante *adquisicion*, pues siempre halaga á las niñas el tener por novio á todo un señor poeta y ver su nombre en letras de molde en los papeles públicos, encabezando una columna entera de bonitos elogios y alambicadas frases.

—Cómo van á rabiarse mis amigas!—fué lo primero que pensó la rubia.

Y esta agradable idea la tuvo desvelada una porcion de noches.

Carlos era, despues de todo, un buen chico, y hadria sido una persona recomendable si no hubiera tenido el defecto de escribir versos, dignos mas bien de figurar entre los narcóticos de su señor papá, que en las páginas de un periódico.

La mamá de Sofía no tardó en darle el *quien vive*, escamada con lo que habia sucedido con el otro; pero Carlitos juró por su tatarabuelo que amaba con buen fin á la niña y que se casaria con ella aunque se juntara el cielo...con el firmamento.

La presunta suegra sintió que se desvanecian sus temores, y fiando en la palabra del hijo del boticario, dejó que frecuentara la casa, y aun lo convidó á comer algunas veces, si no con el objeto de ofrecerle grandes banquetes, si no con el de *que participara de su pobreza* (sic).

Y Carlos creia hallarse instalado en el quinto cielo, y elogiaba el talento culinario de la cocinera, á la que prometia una oda por via de agradecimiento, y seguia haciendo el amor á la rubia, á cuyos encantos mostrábase muy sensible.

Un dia la mamá llamó aparte al mancebo procurando dar á su semblante una expresion grave para mostrarse á la altura de las circunstancias, y le disparó á boca de jarro esta indirectita:

—Caballero, necesito saber cuándo se efectúa la boda.

—Mi...la...oh!

—Dispense usted, creo que no ha contestado á mi pregunta.

—Es que no he comprendido bien.

—Hace meses que tiene usted relaciones con Sofía.

—Es cierto, bella señora, aunque me parece que no han pasado mas de cuatro dias.

—¿Cuándo piensa usted casarse?

—Oh! no llevo prisa...¿le parece á usted bien dentro de ocho años?

—Caballero! usted se burla seguramente.

—No, por cierto.

—Mi hija no puede esperar tanto tiempo. Hay muchos que la pretenden, y no es justo que por atender á usted pierda la ocasion de colocarse.

—Pero si me ha dicho que será mia ó de nadie!

—Bah! eso se dice...pero no se hace.

—Caracoles!

—¿Qué dice usted?

—He dicho caracoles.

A la mamá de Sofía se le cayó el alma á los piés. Carlos era un tunante, un mal nacido, un embustero. ¡Para que vean ustedes lo que son las cosas!

La rubia estaba escuchando tras de una puerta, y fué tan violenta la impresion que le produjeron las palabras de Carlos, que cayó desplomada al suelo.

La mamá lanzó un grito. El novio escurrió el bulto.

Aquel dia nuestro poeta que sabia despachar alguna vez medicinas y demas excesos en la botica de su señor papá, hizo unas píldoras de arsénico que mandaron al otro mundo á un infeliz enfermo: tan turbado estaba el pobre chico! ¡Déjense ustedes de una escena tan patética!

La verdad es que era muy jóven y por lo tanto muy débiles sus hombros para soportar la pesada cruz del matrimonio. Además, no tenia un real. Como que era poeta!

Carlos habia prometido el oro y el moro á Sofía, con tal de que correspondiera á su amor, y una vez colmados sus deseos, tomó las de Villadiego, como se ha visto, sin decir siquiera vuelvo!

Y caten ustedes á Sofía sin novio otra vez. ¡Qué demonio de Rubia!

IV.

Y apareció el tercero. Si, señores, apareció otro novio! ¡Guapo chico! ¡Como que era gacetillero! Me parece que...

La rubia se volvió loca por él, y le juró que hasta entónces no habia sabido lo que era amor; pero que desde aquella fecha estaba al cabo de la calle, como dijo el otro (un personaje famoso.)

La mamá de la rubia no las tenia todas consigo, por aquello de que el gato escaldado, del agua fria huye, y así es que la buena señora creyó oportuno tener una *explicacion* con el gacetillero á la segunda visita que hizo éste á la familia.

—Ocupa usted una buena *posicion*?—le dijo despues de preguntarle por la familia.

—Sí, señora, generalmente...la horizontal.

—Me refiero á *posicion social*, caballero.

—Escribo en un periódico, y tengo lo suficiente... (para morir de hambre).

—¿Cuándo piensa usted casarse?

—Cuando herede á algun tío millonario.

—¿Tiene usted algunos?

—Tios, sí, señora... (más pobres que yo).

—Sofía es muy sensible.

—¿De veras? ¡encantadora rubia! me gusta mucho la *sensibleria*...

—¿Con que quedamos convenidos?

—No se hable mas del asunto. Me parece que han quedado orilladas todas las dificultades.

Y el gacetillero fué admitido en calidad de novio, y la rubia le amó hasta allí, y pasaron ambos muy buenos ratos, porque el amor es una ocupacion bastante agradable, por mas que digan los excépticos, gente que á fuerza de no creer en nada, acaban por creer una porcion de tonterias.

Pero el gacetillero no era de mejor condicion que sus antecesores, y acabó por aburrirse en medio de su felicidad.

La sensible Sofía pasó un mal rato. Porque ay! le amaba de veras, sobre todo desde que iba á casarse con él.

El papá de la niña (personaje del cual no hemos hablado hasta ahora) encontró tres meses despues á nuestro gacetillero, y entablóse entre ellos este diálogo:

—Caballero, su conducta de usted no me parece decente.

—Señor mio, yo opino todo lo contrario.

—Le andaba buscando á usted; quiero tener una explicacion.

—Hombre, lo que es en este momento llevo mucha prisa.

—Sí? pues dígame usted donde vive:

—Caballero... me he mudado!

V.

Lo cierto es que la rubia se quedó sin novio, como se quedarán sin idem todas aquellas que se enamoren con demasiada facilidad, cambiando de amante como de vestido.

LAS HERMANAS DE LA CARIDAD.

ALGUNOS escritores, muy sensatos, por cierto, han defendido á las Hermanas de la Caridad. A nombre de la humanidad lo hacen todos ellos, y lo hacen bien; pero yo cambiando no de posicion ni de armas, sino de broquel, las voy á defender á nombre de la libertad; que libertad y humanidad son por mas vuelta que se les dé, dos términos de una ecuacion, dos principios encerrados en esta sola exclusiva esencia: *respetar en el hombre aquello que es justo por naturaleza, dejándole en el ejercicio de sus funciones, en la plenitud de su ser, para que pueda realizar con perfecta conciencia de su responsabilidad el fin y la ley de su creencia.*

Con esta doctrina por base, con este criterio por norma, fácil me será llegar á conclusiones favorables á mi propósito; como es indestructible el derecho en que se fundan.

Quiero olvidarme, y me olvido, no como cosa de poco momento, sino como de circunstancia reconocida, de las lágrimas enjugadas por esas mujeres, que acaso convendria llamarlas ángeles; quiero olvidarme de que las he visto en el campo de batalla, cuando la *Sanidad Militar* huia del peligro, lanzarse serenas en medio del combate, llevando por únicas armas las vendas y las hilas, y por escudo la fé inquebrantable de su sagrada mision, para restañar la sangre que brotaba de las heridas, para unir el miembro despedazado por la metralla, para recojer el último beso que un hijo envia á su madre, al despedirse de la vida como una manifestacion amorosa y santa que parecia perfumar el mismo Dios con su esencia; quiero olvidarme de todo esto, por que tambien podria llamárseme beato y clerical, á mi, que aunque no me preocupo gran cosa de palabras y apodós, pertenezco en cuerpo y alma á las doctrinas del libre pensamiento.

No es esta cuestion de sentimiento, se me dirá, sino una cuestion de razon, una cuestion de derecho y bajo este punto de vista debe examinarse. Bien: prescindiendo de que la razon y los sentimientos generosos léjos de excluirse se apoyan ¿en dónde está el derecho para destruir la asociacion de las "Hermanas de la Caridad"? ¿Se reconoce como un principio indestructible, incuestionable, necesario en nuestra naturaleza racional el derecho de asociacion? Pues desde ese momento el Estado no puede legislar sobre él, no puede limitarlo, porque el derecho contra el derecho es imposible, es un absurdo que solo cabe en cerebros calentu-

rientos que todavía sienten el rudo de los cañones y se exaltan con la pasión del combate.

Empero lo que está sucediendo hoy no es mas que la consecuencia inevitable de lo que pasó hace un año. Entonces, al agregarse a la Constitución ciertas leyes que eran la verdadera expresión revolucionaria, yo tuve el honor de decir en un periódico que la democracia vacilaba, y sucumbía la libertad al rudo embate de las pasiones políticas. Aquello engendró esto. Se han abierto al Estado las puertas del santuario, se les han franqueado las barreras de la justicia, se ha solicitado un día y otro día su espíritu invasor, y ahora palpamos los resultados. Desde el momento en que se le dió carácter permanente a lo que era transitorio, desde el instante en que se convirtieron en base de la sociedad las armas mismas que sirvieron para la lucha, desde la hora en que se erigió en sistema legal una sucesión de hechos, acaso disculpables ante la realidad, pero injustificables y violentos ante la razón pura, era ya imposible encontrar valladar al torrente arbitrario que invadía la sociedad, cauce sereno a la demencia del poder.

Yo no critico, yo no censuro; pero duele profundamente que cuando se proclaman principios que están sellados en nuestra conciencia con el sello de lo verdadero, no se tenga fe en su propia virtualidad para efectuar el bien. ¡Ah! practiquemos la libertad con magestuosa alma, con puro y decidido empeño de realizarla, y no habrá ánimo que no sea nuestro, ni fuerza que no venga a luchar en las filas en donde combatimos todos los que la llamamos. Pero si sobre el principio colocamos la conveniencia, si sofistemos nuestro sistema, que es perniciosa, ni qué convicción podemos engendrar en la vida social? Cuando tras en el océano de dudas que nos envuelve, se aumentará por ese medio el oleaje, y la pobre barca del progreso se verá contrastada, abatida, y no desecha porque la naturaleza se opone con incontrastable ley a que los pueblos se hundan en el abismo.

Hace tiempo que vengo oyendo de todos lados que esto no es justo, pero si conveniente. ¿Es posible que así se desvaríe, Dios santo? Con que si proclamando la justicia, si queriendo practicarla con buena voluntad no llegamos al resultado del bien sino en estrechísimo límite, ¿podremos ir mas adelante por la resbaladiza pendiente de la arbitrariedad? Si en todo caso, ¿hemos de abandonar a un gobierno el criterio de lo que es de lo que puede hacerse fuera del alcance justo, de la ley? ¿Le hemos de abandonar ese mundo privado, ese mundo moral que acaso es el nervio de la sociedad interviene para conceder a las naciones reprobación o aplauso? No, decididamente. Para un gobierno no hay moral ni inmoral, sino acciones licitas ó ilícitas, sujetas a un criterio determinado que se llama Código. No puede y no debe ir mas allá. Así como nuestra voluntad, potencia admirable ante cuya grandeza se abisma el pensador, se halla constreñida por el deber, así también el círculo de acción de un gobierno, apesar de las grandes facultades que aun se le conceden, se halla constreñido por el derecho: que no hay ni

puede haber libertad completa para ninguna fuerza individual ó social, sino dentro de su propia limitación, dentro de su natural esfera.

¡Cecase contra la ley moral, por el pensamiento, por la doctrina y por los actos, pero solo por estos puede delinquirse contra la ley civil. Esto es rudimentario, y ya no hay nadie que lo combata seriamente. Existe la libertad para el bien, como para el error, que no se traduce en actos de violencia contra los derechos de los demás, porque solo dentro de esa libertad cabe la expresión de nuestras ideas, porque únicamente ratiocinando, discutiendo y predicando pueden generalizarse los principios. Y si éste es un hecho que se realiza, en todos los pueblos cultos, ¿qué delito pone a las Hermanas de la Caridad bajo la acción de las autoridades? Supongamos que enseñen el bien, supongamos que pervertan la superstición, supongamos todo lo que suponen sus apasionados enemigos, ¿basta esto para matar a mano armada esa sociedad? ¡Ah, no! Opónganse en buena hora doctrinas a doctrinas; establézcase una cátedra de libre pensamiento en cada esquina; proclámese la libertad con la fe y entusiasmo en la escuela y en la plaza pública si es necesario, y estas armas valdrán mas que todos los decretos y todas las persecuciones. Grandes, poderosísimos medios tiene un gobierno en su mano para desarrollar ciertos principios sin desvirtuarlos apelando a la violencia, por qué no ha de hacer de ellos un uso pacífico? ¿Cómo no hemos de aceptar las consecuencias de la libertad, los mismos que la libertad proclamamos? Solo aquellos que las medidas revolucionarias siempre que alague sus sentimientos políticos, pueden opinar de distinta manera. Pero enténdase de una vez que renunciando a los medios legales y prácticos, se desconceptúa la democracia, y se engendran dudas sobre si el sistema político que en ella descansa, es viable en la buena gobernación de un pueblo.

Llegamos al punto culminante. ¿Es licita la asociación religiosa. No responde en su existencia, en su organización, a necesidades morales poco menos imperiosas que las necesidades de nuestra alimentación? Estando dentro de un círculo al cual no puede alcanzar el derecho de tercero, y siendo la acción del Estado puramente deslindadora, ¿claro es que la asociación religiosa es licita como cualquiera otra asociación en que el ejercicio activo, ni paraliza ni perjudica otro ejercicio reconocido como natural y justo en los demás. Si la asociación religiosa se limita a operar sobre la conciencia ó sobre la voluntad, si no hace uso de medios condenados por el Código, podrán reprobarse en la esfera moral sus medios y sus doctrinas, pero nunca discutirse su legalidad. Es mas, cuando un miembro de esa asociación comete un acto que cae dentro de la ley, el Estado sabe como castigarlo; pero deba saber también que no tiene facultades para destruir el derecho y el derecho subsiste, aunque haya despotas, burlones y criminales que puedan empañar, ya que no destruir su majestad.

Negar la necesidad de la vida contemplativa, de la vida ascética, para ciertas orga-

nizaciones, sería tanto como negar el testimonio de nuestros sentidos y de nuestra experiencia. Yo conozco almas purísimas para quienes es un alimento la oración; conozco espíritus a quienes repugnan de tal manera las realidades de la vida, que sujetarlos a ellas sería sujetarlos a una dolorosa esclavitud. Y sin embargo, ¿quién podría negar que esos caracteres llevan en sí mismos gérmenes de notoria bondad? Parece el hombre condenado ya a perderse entre las sombras de un misticismo, sin relacion con la materia, como sucedió en el período histórico de la Edad Media, ya a caer en un materialismo bestial sin relacion con el espíritu, tal cual el que gangrenó un imperio tan vil como el imperio romano. Inclínandose ya a un lado, ya a otro, si bien trabajando siempre por restablecer esa armonía, causa sintética y regular de la vida en general, es como se han venido conquistando los progresos que es preciso reconocer al echar una mirada sobre la vía que viene recorriendo la humanidad, desde que la ciencia de investigación descubrió la primitiva huella del hombre sobre el globo. Reconociendo estos hechos, ¿créese perjudicial que haya espiritualistas en una sociedad inclinada al materialismo? ¿Créese que sean contrarios al progreso los positivistas que quieren neutralizar los efectos destructores de una sociedad enteramente mística? La naturaleza en general no crea una fuerza que pueda dominar, dirigir, avasallar todo, sin crear al mismo tiempo otra que equilibre sus efectos cuando aquella pudiera paralizar el movimiento que está llamada a engendrar. Así al lado de Platon nace Aristóteles; al lado de Spinoza, Leibnitz; al lado de Donoso Cortés, D. Julian Sanz del Rio, filósofo el mas esclarecido de España. ¿Por qué, pues, hemos de destruir los hombres aquello que la naturaleza ordena con la ley reconocida y constante, exponiéndonos de ese modo a dolorosísimas catástrofes? ¿Quién por mas despreocupado que sea no siente un profundísimo respeto ante aquella mujer—ángel, llamada Santa Teresa de Jesús, que ya llegaba en los mismos excesos de misticismo hasta la vision beatífica del ser perfecto, ya envolvía en el puro incienso de sus oraciones y de su ardiente caridad nombres tan odiados entonces como el de Lutero? ¡Ah! dejemos esas almas devotas que se retiran a sus islas morales, como decía el mas célebre orador de nuestros tiempos, para que allí cumplan su destino con entera libertad, que no es dado a un gobierno ni a nadie determinar la manera de llenar nuestra misión en un mundo donde tantas fuerzas encontradas solicitan la voluntad. Si apoyándose en lo que se cree racional, en lo que se juzga conveniente, aunque esté fuera del derecho, damos a un gobierno facultades para determinar sobre todo lo que podríamos echar en cara a los siglos pasados, a pesar del despotismo y de las persecuciones que acusan de erroneas las leyes y las costumbres de muchos pueblos. La cuestión quedaria reducida a averiguar si Maquiavelo, Torquemada y Calvino, creían que obraban convenientemente, unos predicando doctrinas inmorales, y otros convenciendo a sus enemigos en la hoguera: por este camino nadie duda que se podría llegar lógicamente hasta la justificación de semejantes procedimientos.

No: para fundar algo eterno en los hechos,

es preciso reconocer algo eterno en la conciencia. La sociedad redundaría en daño del individuo, cuando las facultades que integran su personalidad estuviesen á merced del criterio movible y caprichoso de una Cámara ó de un Ministro.

Acabemos.

Yo no sé si hacen mal las Hermanas de la Caridad; pero sí sé que hacen mucho bien. Yo no las he visto envenenar ningun corazón; pero en cambio, las he visto enjugar muchas lágrimas.

Yo no me meto á escudriñar si es ó no un delito que no se llenen los deberes de hija, hermana, esposa, madre, tal cual pueden comprenderse: pero si estoy convencido de que muchas canas venerables han encontrado cariño de esas nobles criaturas; muchos corazones lacerados, dulcísimo consuelo; muchos seres abandonados por madres desnaturalizadas, ó heridos por el tormento de la miseria desde la cuna, labios amantes, brazos afectuosos, lágrimas desinteresadas que cubran hasta donde es posible su triste horfandad.

Oh! y quién sabe cuántos dolores se ocultan debajo de una de esas tocas blancas! ¡Quién sabe cuántas pasiones se estén castigando en ese contacto eterno con la miseria, y en ese decidido empeño de hacer bien! Al respetar en el ser humano el derecho, respetamos los móviles que le guían á entrar en una senda que la moral no puede reprobar.

TELÉSFORO GARCÍA.

Méjico. 1875.

EL ALMA DE JUDAS.

I

PUES señor, como ustedes saben muy bien, despues que Judas estampó en el rostro del Hombre-Dios aquel beso fatal que lo entregó en manos de los verdugos, empezó á reflexionar y llegó á comprender que era un infame.

El Divino Maestro habia predicado el arrepentimiento como medio de salvacion; Judas debia haberse arrepentido de su inmensa culpa, de su horrible asesinato: pero el corazón empedernido del ingrato discípulo comprendió su gran falta, mas no llegó á convencerse de que una falta grande puede borrarse con un grande arrepentimiento: Judas, no tenia fé. Presa su alma de atroces remordimientos, inflamada y loca su mente, no halló en su desesperacion otro medio de arrancarse á tantos padeceres que el suicidio.

La voz de Dios, que le condenaba, resonaba sin cesar en sus oídos con terrible acento, y veía caer sobre él la maldicion del género humano.

Pálido, desencajado, salió de Jerusalem, formó un nudo corredizo con una cuerda que ató á un árbol, rodeó su cuello con el lazo fatal, pronunció una terrible imprecacion que hizo temblar de espanto los moradores de las cavernas infernales y se lanzó al espacio.

Un minuto despues, Judas era cadáver.

Su alma abandonando el cuerpo, se elevó por los aires.

Era negra como la culpa.

Sin duda equivocó el camino, pues que se dirigió al cielo, y sin detenerse un minuto llamó á la puerta.

Un ángel acudió presuroso y miró por el agujero de la llave. Al ver aquella facha de murciélago, se quedó admirado y dijo con voz sonora:

—¿Quién eres?

—Soy el alma de Judas, contestó esta.

El ángel dió dos pasos atrás y exclamó:

—¿Como te atreves á llamar á la puerta de la mansion de los escojidos? Huye: no es aqui donde tú debes vivir por siglos eternos, tú que has entregado á tu divino maestro, tú que no has tenido ni un minuto de arrepentimiento, no puedes aspirar ya á ser dichoso, tu sitio está en las moradas infernales.

El alma de Judas se quedó estupefacta; iba á replicar, pero un vuelo suave como el de una mariposa le advirtió que el ángel se habia alejado; entonces comprendió que no le quedaba otro remedio que tomar el camino del infierno.

Al poco rato el olor del azufre, las llamas que divisaba de cuando en cuando y la confusa vocería que llegaba hasta sus oídos, lo indicaron que estaba cerca de la mansion de los condenados.

Un minuto despues llegó á la puerta.

En el umbral estaba Satanás, pensativo y cabizbajo: algun gran pensamiento le preocupaba: tenia los ojos fijos en la tierra, y de cuando en cuando se rascaba los cuernos con las puntas de sus agudas y largas uñas.

—Beso á usted la mano, caballero, dijo el alma cuando llegó á su presencia.

Esta voz sacó de sus reflexiones á Satanás que levantó la cabeza con aire de mal humor y dijo con colérico acento.

—¿Quien eres tú, que asi te atreves á interrumpir mis filosóficas meditaciones?

—Soy el alma de Judas.

—Te estaba esperando hace rato y tú eres el objeto que ocupa mi pensamiento y que absorbe completamente mi atencion.

—Caballero, esa honra tan inesperada.....

—Escúchame, interrumpió el rey del infierno, yo no quiero reteuerte en mis dominios; eres tan malvado que podia un dia arrebatarme mi corona y empuñar mi cetro.

—Tal pensamiento....

—Silencio; hago mal en ser franco, repito que no quiero que estés cerca de mi.

—Y que haré yo si me arrojan del cielo y no me quieren en el infierno!

—En eso estaba pensando: ya he encontrado colocacion para tí.

—¿Que bondad!

—Vete al mundo y procura introducirte en un cuerpo que no tenga alma; una vez allí dentro, estoy seguro de que obrarás como quien eres, tengo confianza en tu maldad.

—Mil gracias; ¿pero dónde hallaré un cuerpo sin alma? Existe acaso.

—Esa no es cuenta mia, vuelve al mundo y obedece mis órdenes.

Al concluir estas palabras el soberano del abismo se levantó con gravedad, recogió magistrosamente la cola, que colocó sobre el brazo derecho y se internó en sus dominios.

El alma de Judas conoció por esta respuesta que ya estaba de mas en aquel sitio, que la sentencia no admítia apelacion y rápida como

el relámpago se dirigió al mundo en busca de un cuerpo sin alma.

II.

Cuando el alma de Judas llegó á la tierra, conforme á las órdenes del ángel caído, se dedicó á buscar un cuerpo sin alma.

Pero pasaron dias, los años, los siglos y el tal cuerpo no parecia.

El alma de Judas estaba verde de cólera.

En vano recorrió todas las clases de la sociedad.

Los millares de gente despiadada, por lo regular tenian alma.

Los escribanos la tenian, apesar de estar encargados de la confeccion de los testamentos.

Y los diputados, con ser lo que son.

Y los abogados, no obstante ser su mision embrollar los pleitos.

Y los médicos, hasta los homeópatas, siendo así que tienen en su mano la muerte de los enfermos.

Y los boticarios, con su alma de pozo y sus *quid pro quos*.

Y los alguaciles, con sus soplos malignos.

Y las viejas zurcidoras de voluntades, con sus arrumacos y sus bellaquerias

Y las jóvenes, sombra de estas viejas.

Y....¿pero á qué continuar? El caso es que el alma no habia podido encontrar un cuerpo sin idem.

En consecuencia andaba sola por el mundo, errante como el célebre judío, flaca, abatida, ojerosa, sin ilusiones, como los mocitos del dia.

A poder morir, hubiera muerto; tal era su desesperacion.

Un dia estaba mirando el Oceano y el mediterráneo desde el peñon de Gibraltar; su vista poderosa divisaba á larga distancia los buques que iban y venian como una bandada de gaviotas; su estado le sugeria tristes reflexiones: esos buques, pensaba, salen del puerto, como el niño que nace; se lanzan atrevidos á los mares, sufren tempestades violentas, luchan con los elementos como el hombre que se lanza á la vida y es azotado por el huracan de las pasiones y luchan con ellas, y si vencen en la lucha el buque y el hombre llegan por fin el uno al suspirado puerto, el otro al término de su existencia. Ellos saben á dónde van, tienen un norte que los dirige; yo, maldita alma de Judas, soy arrojada del cielo, despedida del infierno y ando por el mundo buscando colocacion, como una criada de servicio ó una nodriza, y no encuentro á quien servir.

Estas filosóficas meditaciones y otras semejantes, que no ínsertamos por no cansar á los lectores, traian á mal traer á nuestra heroína.

Aburrida de todo punto, exasperada su bilis hasta el último extremo, abandonó el Peñon de Gibraltar, y para ver si encontraba distraccion se dirigió á Madrid.

En la coronada villa topó con las mismas dificultades.

Todos los cuerpos estaban ocupados, como localidad de teatro el dia de una funcion nueva, y á la errante alma no le quedaba ni el triste recurso de acudir á los revendedores.

Esto sucedia en un invierno muy crudo, el estanque del Retiro se hallaba helado y el alma de Judas ahogaba sus penas patinando.

Pero llegó un dia en que, despues de calzarse los patines observó que el agua estaba líquida, el calor habia deshelado el estanque.

Llena de furor volvió á la poblacion, atravesó calles y plazas, perdió el rumbo y rendida de cansancio y sin saber donde se encontraba, tomó asiento en el umbral á reposar.

Aplicó el oído y oyó claramente á una vieja:

—Este hombre *no tiene alma*.

El alma de Judas dió un brinco.

En esto bajaba la escalera un elegante de gaban raído, puro de cuatro maravedis y cadena de reloj de diez reales.

Al pasar á su lado exclamó.

—Este hombre es un desalmado!

El alma de Judas dió un brinco.

Un tercer personaje apareció en la escalera: era una modista alegre que bajaba cantando:

Has perdido tu alma

Pícaro viejo:

Ya mas alma no tienes.

Que tu dinero.

Al escuchar estos versos la heroína de nuestra narracion no pudo continuar y subió cuatro á cuatro los escalones.

Entró en la habitacion: delante de una mesa llena de papeles, un hombre de nariz afilada, ojos hundidos, color verde y arrugado el entrecejo, se entretenia en examinar algunas monedas de oro.

Rápida como el pensamiento el alma de Judas, se introdujo en el cuerpo de aquel hombre, y con admiracion advirtió que aquel cuerpo no tenia alma. Registró por todas partes, escudriñó los mas ocultos escondrijos, y nada... se encontraba sola, enteramente sola. Aquel hombre era un usurero.

Desde entonces se dice que todo usurero tiene alma de Judas.

P. I. C.

LA CALAVERA DE UNA DAMA.

TRADICION.

I.

ALLÁ por el año de 1577 nació don Luis Melian de Betancourt, en Santa Cruz de Tenerife, capital de las Canarias. Fueron sus padres don Antonio Laurencio Melian de Acosta y doña Isabel de Trujillo Betancourt.

Ambos pertenecían á las familias mas nobles y encopetadas del país.

Don Antonio era capitán del ejército, y rejidor del cabildo, en la ciudad.

Doña Isabel descendía de Juan de Betancourt, gentil-hombre francés que en 1402 conquistó algunas de las islas mencionadas, y tomó el título de rey bajo la sujecion del monarca de Castilla.

La cuna del niño se meció entre los naranjos y las palmas de aquella tierra afortunada, donde los antiguos colocaban el jardín de las Hespérides.

Don Luis manifestó desde temprano un entendimiento precoz, y recibió una educacion esmerada.

Estudió la jurisprudencia y la teología, dando numerosas pruebas de su talento y aplicacion.

Los conocimientos adquiridos le abrian de par en par las puertas del foro y de la iglesia.

Santa Cruz de Tenerife parecía teatro pequeño para su inteligencia y su erudicion.

Sus maestros y sus condíscipulos creían que, andando el tiempo, llegaría á ser un oidor ó un obispo.

Segun la carrera que adoptase, podia aspirar á sentarse bajo un dosél de terciopelo carmesí en la sala de una audiencia, ó ser conducido

bajo un palio de lama en las naves de una catedral.

El porvenir tiene mirajes como el desierto.

A fin de evitar equivocaciones, debo prevenir que el afamado alumno no era un personaje adusto y estirado, sentencioso como un juez y pedante como un dómine, sino un mozo alegre y vivaracho, despejado como un estudiante de Salamanca, y enamorado como el protagonista de una comedia de Calderon ó Lope de Vega.

Aquel doctor en ciernes leía conjuntamente la *Instituta* de Justiniano, la *Suma* de Santo Tomás y el *Arte de Amar* de Ovidio.

No solo traducía, sino que tambien practicaba la última de las obras que acabo de nombrar.

El jóven alternaba las citas de las leyes y los textos de los santos padres con los versos de los poetas latinos y españoles.

Cada cosa en su tiempo y lugar.

El mismo era poeta, y rimaba con mucha facilidad y gracia composiciones ya serias, ya chistosas.

Don Luis, á quien se daba comunmente el apellido de Betancourt, sin duda por ser mas noble, poseía una inteligencia elevada, una sensibilidad esquisita, una cortesanía estremada y una presencia airosa.

Estando adornado de tantas prendas físicas, morales é intelectuales, era el niño mimado de cuantos le conocían, y pasaba dulcemente la vida entre los libros, los amigos y las queridas.

¡Feliz él!

II.

Don Luis de Betancourt no se vistió la toga del juriconsulto, ni la sotana del clérigo, sino la casaca del soldado.

Don Antonio Melian de Acosta quiso que su hijo dejara las letras por las armas, y le hizo sentar plaza en el ejército.

Creyó que la guerra era el medio mas pronto y eficaz para adquirir los honores y las riquezas.

La supremacía en el mundo se conquista muchas veces como una fortaleza con la espada en la mano y por la brecha abierta.

Los ingleses y los africanos, sobre todo los segundos mas que los primeros, hicieron frecuentes, pero inútiles tentativas para apoderarse de las Canarias.

El nuevo militar dió muestras inequívocas de su bizarría en varios encuentros y combates.

Era sereno en la defensa, y arrojado en el ataque.

Nunca abandonaba su puesto, aunque pareciera insostenible.

Cierta ocasion, los enemigos dispararon un cañon cargado con una bala enramada, esto es, con una bala de hierro partida en dos mitades asidas por la parte inferior con una cadénilla.

Al salir el tiro, la bala se dividió, como era consiguiente, causando destrozos en las filas españolas.

Un compañero de Betancourt murió en el acto, hecho mil pedazos.

Don Luis cayó en tierra, contuso y herido.

El jóven habia sentido el aliento de la muerte en sus mejillas.

Llevado sin conocimiento á su casa, estuvo muchos días en cama; pero al fin logró restablecerse sin ninguna lesion que la afeára.

El peligro inminente de que acababa de escapar le hizo reflexionar sobre la caducidad de las cosas humanas.

El mundo era una vasta posada; el cementerio, el término del viaje.

Estas ideas lúgubres modificaron algun tan-

to su carácter, y le imprimieron un tinte marcado de tristeza.

El arrogante oficial empezó á abandonar los pasatiempos juveniles, y á ocuparse en los asuntos serios.

De cuando en cuando se ponía á pensar, sin quererlo, en las profundidades de la tumba, á cuyo borde habia rodado; y daba fervorosas gracias á Dios, que, por un milagro patente, lo habia sujetado al despeñarse en ella.

III.

Desde el lance mencionado, don Luis de Betancourt fué corrigiendo paulatinamente sus costumbres.

Puso punto final á la primera parte de su vida; y principió otra nueva.

Colgó en un clavo de la pared de su cuarto la guitarra con que acompañaba sus propias canciones en las serenatas nocturnas.

Habiendo poco despues dejado el servicio militar, colgó en otro clavo sus armas, con excepcion de la espada que á fuer de hidalgo llevaba á la cintura.

La enmienda fué completa y radical.

¡Adios chistes picantes y palabras temerarias!

¡Adios festivos banquetes con alegres camaradas!

¡Adios citas amorosas con muchachas livianas, que no exijan promesas de matrimonio ó bendicion conyugal para brindarle sus caricias de un día ó de una noche!

¡Adios poesía!

¡Adios juventud!

Don Luis acababa de cumplir los treinta años, esa edad aciaga para el deleite, que uno de los poetas castellanos mas famosos califica de maldita.

Insensiblemente habia llegado el otoño de la vida, el período de la seriedad y de la madurez.

Don Antonio Melian de Acosta se aprovechó de esta circunstancia para enviar á su hijo al Perú con el objeto de recaudar varios créditos que allá se le debian.

El jóven obedeció gustoso.

Quería rodar tierras, y buscar fortuna.

Deseara visitar un mundo nuevo, donde su ambicion pudiera encontrar la alta posicion social que la isla estrecha en que habia nacido no podia proporcionarle.

El inteligente comisionado desempeñó su mandato con sagacidad, y arregló satisfactoriamente los negocios que se le habian confiado.

Merced á la nobleza de su carácter, todos le recibian con simpatía, y le trataban con aprecio.

En la provincia de Chucuito, trabó relaciones íntimas con don Antonio Peraza de Ayala y Rójas, conde de la Gomera, actual gobernador de aquella comarca.

Sea por parentesco, sea por antigua amistad con su padre, este encumbrado personaje le acogió con benevolencia, y le dispensó una proteccion decidida, hasta el punto de que, habiendo sido nombrado presidente de la real audiencia de Guatemala, le llevó consigo como su secretario privado.

El viento soplaba favorable.

El conde de la Gomera, acompañado por don Luis de Betancourt, hizo su entrada solemne en la ciudad de Guatemala el 19 de setiembre de 1611.

El secretario fué á habitar con el presidente en el palacio.

IV.

En la época de que trato, doña Beatriz Fernández tenia el cetro de la moda en Guatemala.

Y verdaderamente merecía el título de reina por la gracia de Dios.

En la lotería de la vida, había obtenido dos números premiados, que todas las mujeres codician, y que solo unas pocas alcanzan: la hermosura y la riqueza, las cuales ceñían sobre su frente una doble corona.

Apénas salida de la adolescencia, se había casado con un anciano, que había aportado al matrimonio un nombre ilustre y un caudal considerable.

El enlace de un viejo con una niña, es el suicidio á fuego lento del marido.

Aquel alto potentado había fallecido poco despues de su union, dejando á la viuda su recuerdo, que había ido de mas á ménos, y su herencia, que había ido de menos á mas.

Doña Beatriz era huérfana de padre y madre, bella, rica, libre como el viento.

Todos los hombres la aplaudían.

Todas las mujeres la envidiaban.

Todos los jóvenes anhelaban casarse con ella.

Sus numerosos apasionados decían que tenía la cara de cielo; y para justificar la metáfora, ponían el alma á sus piés.

El pobre por pobre y el rico por rico deseaban poseer aquel brillante engastado en oro.

Entre los pretendientes á su mano, se presentaron en primera línea don Luis Betancourt y don Enrique Peraza primojénito del conde de la Gomera.

Don Luis contaba para el buen resultado de su empeño con su discrecion y gallardía, y don Enrique, con su rango y con su padre.

En efecto, don Antonio Peraza apoyó abiertamente las pretensiones de su hijo; y se puso á mirar de reojo á su secretario, que tenía la insolencia de contrariarlas.

Don Luis de Betancourt rimó verso tras verso en honor de la dama.

Visitó su casa.

Rondó su puerta y sus ventanas.

¡Quién porfía alcanza!

Tantas manifestaciones no cayeron sobre una roca estéril.

La viuda supo apreciar el mérito de don Luis, y correspondió á su afecto.

Le amaba en secreto; pero no se atrevía á confesarlo.

Aunque decidida por Betancourt en el fondo del corazon, aplazaba la contestacion definitiva, bien fuese porque temiera enemistarse con el presidente, bien fuese porque deseára gozar de su libertad algun tiempo todavía.

Doña Beatriz Fernández era una señora honesta; pero tenía vanidad, esa sombra de la hermosura.

Sabía que era bella, y gustaba de parecerlo.

Se complacia en la brillantez de sus atavíos y el gran número de sus adoradores.

Vivía contenta con su suerte, y vacilaba al encontrar segundas nupcias.

Temía dejar lo cierto por lo dudoso,

al abandonar el V.

La noche estaba pura, tibia, serena.

Convidaba á gozar, y, lo que es mas, suministraba proporcion para ello.

Aquella noche había fiesta en casa de doña Beatriz Fernández.

¿Por qué causa?

No lo sé.

Probablemente era el dia de su cumpleaños.

Lo cierto es que había fiesta.

Una fiesta espléndida.

Hermosas son las estrellas de oro que brillan en el cielo; pero mas hermosas son las estrellas azules ó las estrellas negras que resplandecen en el rostro de una mujer.

Penetrante es el aroma de las flores pero

mas embriagador todavía es el perfume que despide el esbelto cuerpo de una jóven, esa flor de las flores.

Magnífica es la blanca nieve que se percibe en la cumbre de los montes; pero mas bella es la nieve animada que palpita al través de la seda y los encajes.

La fiesta á que me refiero encerraba todas estas maravillas, y otras mas.

El salon principal parecia un retazo del cielo por las estrellas vivas de que estaba alumbrado, un vistoso jardin por las flores de que estaba cubierto, y un paraíso por las damas de que estaba inundado.

Doña Beatriz Fernández descollaba entre toda la concurrencia por la beldad de sus facciones, por la gracia de sus movimientos y por el lujo de su puesto.

Escusado es advertir que don Luis de Betancourt se hallaba entre los convidados.

Situado en un extremo de la sala, devoraba con los ojos al objeto de su amor.

La elegante viuda discurría de un lado á otro repartiendo seductoras sonrisas y afectuosas palabras entre los caballeros y las señoras.

Aunque muy natural, semejante conducta desagradó á don Luis de Betancourt, que involuntariamente se puso melancólico y sombrío.

No hay amor verdadero sin celos y sin insomnios.

En una de sus graciosas vueltas y revueltas, doña Beatriz se acercó al mustio secretario, y le dijo con semblante cariñoso:

—¿Estais triste?

—Mucho.

—¿Se puede saber el motivo?

—Todo sarao me causa una impresion penosa.

—Es extraño Yo vivo en las fiestas La soledad me aburre. Por lo visto, tenemos caracteres opuestos.

Esta frase fué para don Luis una puñalada asestada en pleno pecho.

Creyó sin fundamento que importaba el rechazo completo de sus pretensiones.

Estaba desahuciado.

Pocos momentos despues, se retiró, mas que triste, desesperado.

Llegado á su cuarto, se puso á pensar en la edad que tenía, y observó con dolor que había cumplido treinta y siete años.

Habiéndose mirado en un espejo, notó con asombro que en su negra cabellera había muchas canas.

La nieve del invierno.

VI.

En la mañana siguiente, el conde de la Gomera llamó á don Luis de Betancourt á la sala de su despacho.

Se le contestó que había salido.

El conde esperó algun rato, y tornó á llamarle.

Se le contestó que no había vuelto todavía.

Hacía tiempo que don Luis tenía algo descuidada la secretaría.

Pasaba una parte de su tiempo en casa de doña Beatriz, y la otra parte pensando en ella.

La aventura de la noche anterior había aumentado su desasosiego, y le había lanzado en una multitud de pasos y averiguaciones.

Luego que el secretario estuvo en su presencia, el conde le dijo con afabilidad:

—Tengo una buena noticia que comunicaros. Os he nombrado justicia mayor de Amatique. Aquí teneis vuestro título.

Don Luis le contestó sin vacilar:

—Doy las gracias á Vuestra Excelencia por la merced, pero no puedo aceptarla. Mi salud está muy quebrantada, y la tierra á que me envais es malsana.

—Está bien. Si teneis algun recelo, no vais allá. Os daré entónces el correjimiento de Quetzalvaque en la provincia de Nicaragua.

—Agradezco en el alma el favor que me haceis; pero no puedo admitirlo tampoco. Dispensadme. Vivo tan contento en Guatemala, que la residencia en cualquiera otra parte me parecería una especie de destierro.

El conde de la Gomera, que á toda costa queria alejar de la capital á su secretario para que dejara el campo libre á su hijo, se enfureció con esta doble negativa.

Así viendo desbaratado su plan, replicó con enfado:

—Haced lo que gustéis; pero tened entendido que cesais de estar á mi servicio. No tolero por mas tiempo vuestra permanencia en un empleo que desempeñais pésimamente; y no quiero tener en mi casa á una persona capaz de desobedecerme.

—Vuestra Excelencia no tendrá necesidad de repetir dos veces esa orden. El empleo que ejerzo y la pieza que habito son vuestros. Podéis tomarlos; el empleo desde luego, y la pieza dentro de un instante.

El conde volvió las espaldas á Betancourt sin que se dignara responderle.

M. L. AMUNÁTEGUI.

(Concluirá)

EN UN ALBUM.

Mejor que las románticas canciones
De un vate, cuyo numen no es gran cosa,
Serán ¡oh niña de la tez de rosa!

De mi afecto las francas espresiones.

Que no mueran jamás las ilusiones

En tu alma juvenil y candorosa;

Que del mundo en la escena borrascosa

Hagas de amor latir los corazones;

Que disfrutes de honores y fortuna;

Que afanosos te busquen los placeres;

Que no halles de afliccion hora importuna;

Y que te envidien todas las mujeres;

Y si con esto, en fin, no estás contenta

Déte Dios... ¡la véjez de la pimienta!

R. PALMA.

Lima. 1875.

MODAS.

DICE un refran antiguo "no siempre es Oro lo que reluce." No es extraño, pues, que el metal aurífero, unido al azabache y á las perlas, invada el terreno de la moda.

El sacrificio de las familias viene en seguida á rendir culto á lo que aparece valioso aun cuando no elegante.

Los adornos de relumbron están en voga, en Paris y en otros centros de la moda exigente.

El bello adorno de pasamaneria dá mas realce á un vestido que un tesoro prendido en su falda lisa.

Prescindiendo de comentarios, entraré en los pormenores de los trajes que mas lucen en los salones aristocráticos.

Llamó notablemente la atención en una tertulia de gran tono un vestido de raso blanco de cola incomensurable, montado al talle por una tabla triple que, sujetada con gracia, tocaba el suelo abriendo allí un abanico orijinal; la parte delantera, estaba cubierta de bullones de tul sembrados de per-

las de Roma (imitacion de finas) Las mismas ostentaban las mangas, bullonadas tambien. La chaqueta del mismo raso igualmente que la cola estaba adornada con tres hilos de perlas, las que servian por único adorno al tocado de la señora.

Traje tan majestuoso, y si se quiere tan rejio, fué llevado con distincion por una de las grandes partidarias de los vestidos cortos.

Si en Lima, en cuanto á política, hay partidos, tambien los hay respecto á la moda.

Cuentan sus prosélitas los trajes altos y las joyas valiosas, y no faltan decididas por los vestidos largos y los adornos de fantasia.

Resuelvan otras en quienes reside el mejor gusto.

* *

Los vestidos negros ó de color oscuro son los preferidos. En el templo y el paseo son sin duda los mas adecuados.

Para unos y otros se adoptan los bullones de muchos frunces y los acuchillados en la tela que presentan huecos en óvalo ó en cuadro para dejar entrever el matalassé.

En la presente estacion el castor, el terciopelo, el paño de Lion y otros géneros ricos de abrigo son los que mas se prestan á las prescripciones de la moda.

La coraza que es hoy de rigor, redonda ó puntiaguda; abierta ó cerrada, puede ser de distinta tela respectivamente rica.

Las mangas quedan *ad-libitum*; pueden ser rosadas, ondeadas á frunces ó plegadas segun el gusto de la persona; llegan solamente hasta el codo partiendo de allí un doble volante si el vestido es de tanta etiqueta, ó un bullon que termine por la vuelta que corresponda el adorno.

Estas mangas son una verdadera novedad.

Se prefiere en los centros elegantes el color ciruela—pasa con un adorno de tono mas claro.

El azul acero y el barro (laere oscuro) hacen furor.

* *

Los adornos para la cabeza llaman mucho la atencion. En las festividades religiosas, no decae el velo para las señoritas y para las señoras la mantilla española. En los conciertos campestres, es indispensable el sombrero de ala derecha, copa lisa y borde ancho.

Cuanto encanto dá á la mujer esta forma! Inútil parece prevenir la uniformidad de colores entre el sombrero y el vestido que se lleva.

Las grandes alas de los sombreros, que quedan derechas al rededor del rostro, exigen un super-puesto de cintas ó flores.

* *

Para la salida de teatro ó baile, es de mucha novedad un Dolman muy largo con mangas, que salen de la espalda, llevando dobleces y botones en el centro de ella y de

las mangas con guarniciones de pieles dándose la preferencia á la de cisne.

ANGELA CARBONEL

Julio 1875.

CONTRASTES MATRIMONIALES.

CARTA. XV.

Señor D. Juan Gualberto Padilla.

Lima 6 de Mayo de 1841.

Apreciadísimo amigo:

He ido varias veces donde la esposa de D. Fernando, y siempre la he encontrado hablando males de su marido.

Los hijos andan por la calle con otros muchachos, por que la madre no para en su casa.

D. Fernando paga á sus hijos un maestro para que los enseñe en su casa, y estén recogidos; pero como la madre no ejerce ninguna influencia sobre ellos, hacen lo que les dá la gana;

Cada vez que voy tengo que esperarla. Ayér, despues que me atosigó con todo lo que habló de su esposo, me dijo:

—He sabido que está U. visitando á la familia de D. Federico; ya lo atorarán á U. porque son muy cándidas; y vea U. si no es verdad lo que digo.—Un dia que fui á visitarlas, le conté á la señora Leonor, lo que pasaba con el malvado de mi esposo; y me atropelló las palabras; y me dijo:

—La conversacion de U. me es muy odiosa; y mucho mas, delante de mis hijas. ¡Qué mujer tan bruta! no iré yo mas á visitarla; y pobre de Ud. si se casa con cualquiera de ellas!

Nada le respondí, porque por ahora, asi me conviene, y despues de un rato mas de martirio, me retiré y me fuí á mi casa á esperar á D. Fernando, y al poco tiempo llegó, y despues del saludo de costumbre, me dijo:

No puede U. tener una idea de lo mucho que he sufrido y sufro con mi mujer, y tambien con sus celos infundados, y auméntase la ceguedad de esta mujer, con el mismo remedio de darle satisfacciones; por que nada cree ni entiende, sino lo que lleva en su imaginacion revuelta. Si la hablo con afabilidad, piensa que es fingimiento, y que disimulo por engañarla; si la hablo un poco disgustado, cree que tengo puesto mi cora-

zon y mi amor en otra; y resulta, que no hay modo imaginable para sosegarla, ni poder apartar sus malos juicios; y tengo que oír y aguantar sus delirios, por la mañana, por la tarde, á la comida, á la cena, agregándose á esto, que ha separado su dormitorio aparentando enfermedad, y hace mas de seis años que no quiere, ni verme. Jamás me ha tenido amor.

En fin, amigo, he sufrido á esta mujer veinte y seis años; y como yo no espero que se enmiende, y me hallo tan afectado de los nervios, pienso irme á Francia para no volver mas;

Ya he contado á U. amigo, una parte de mis trabajos; lo demas queda sepultado en mi angustiado corazon.

Aqui calló, y se le saltaron las lágrimas; y despues de un rato se fué.

Y me quedé yo acompañándolo en su afecion, considerando que al hombre bueno, por lo regular le toca mujer mala.

Este señor no puede ser mas bueno, por que és exacto en todo; metódico y nunca falta en su casa; tiene una alma muy buena; yo lo digo, por que lo he observado; y las bondades que he visto en él me han causado grande admiracion.

Pero yá te he escrito largo.

Deseo mucho que tus observaciones te sean agradables, y que tu misteriosa no te haga sufrir.

ADOLFO OROGOITI.

CARTA XVI.

Señor D. Adolfo Orogoiti.

Cuzco 4 de Junio de 1841.

Apreciado amigo:

Voy á sorprenderte con mi narracion; y tambien á convencerte, de mi desgracia en el amor;

Ahora me darás la razon de haberme retraido siempre de las mujeres, por que sé por esperiencia róbán el sosiego, y seducen el corazon con sus ficciones y al fin nos engañan como Eva engañó á Adán.

No es, pues, estraño lo que sufro yó en haber creido un poco á la misteriosa; á la que santita se me apareció, llena de virtudes, pura como el sol.

Pero ¡ay! amiguito: á la una de la noche, vino el Diablo mayor; hasta esas horas estuve yo observándola. Llegó á la puerta un embozado; dió un silbidito, y le abrieron: á la media hora salió y le dijo ella:

—No vengas tan tarde: á las doce es mejor.

Pero te prometo, que un rayo no me hubiese hecho mas impresion.

Renuncio para siempre las mujeres; por que las tontas, me han hecho penar, con su descaro; y las de talento, han sabido con finura burlarse de mí y engañarme.

Pero me consuela el no ser casado; considerando la suerte de D. Fernando, y que tenga que vivir con una mujer fátua, bruta, perversa, impaciente, litigiosa, deslenguada, celosa, indiscreta, esto és atroz.

Deseo que te consérves bien y que tus buenas amigas, en particular tu Elvira, sean invariables, y que todas las virtudes que tienen ahora, las conserven siempre para tu felicidad.

Tu desgraciado amigo.

JUAN GUALBERTO PADILLA.

Continuará.



VAMOS el término de la cuestión que dejamos pendiente entre Carolina y Ricardo. Vamos a ver cual de los dos ha vencido.

Recibió Carolina la carta del intrépido Ricardo y al ver resolución tan valiente no titubó en contestar como el conflicto lo exigía. Darse por vencida en política, era menos duro que perder el cariño de su novio y, lo que es mas para ella, el bocadito de la dote que le habia prometido. Al fin, tenia que ser inconsecuente á sus principios, y envió á Ricardo la siguiente respuesta:

“Mi querido amigo:

“Jamás pude creer que hubiera U. dado tanta importancia á lo que no ha pasado de una broma, haciéndole consentir que abrigaba simpatías por otro candidato que no fuera Montero. Soy monterista hasta la quinta esencia de mi alma y no tenemos una palabra que hablar.

“Mándeme U. lo mas pronto el terno de brillantes que me tiene prometido y procure arreglar en el día nuestro enlace.

Su amante

Carolina.

P. D.

No sea U. botarate y guarde cuanto pueda para sus nietos.”

Ricardo recibió la carta de Carolina, en momentos que se preparaba un gran baile, con motivo de su enlace con una linda chalaca. Vió la firma de Carolina, y por toda contestación le mandó decir de palabra que ya era tarde.

La presumida, la codiciosa, la amante lo perdió todo en un momento por intrusa, por mezclarse en la política de partidos que para las mugeres no debe ser objeto de preferencias

Novio elegante, brillantes y buena dote se fueron con la música á otra parte por un capricho imperdonable.

Pobrecita Carolina!

**

Siempre las mugeres.

Aunque condeno por mi parte á las que tratan de intervenir en las contiendas de la política de los mundos civilizados yo no sé, que influencia ejercen ciertas hijas de la esposa de Adán, que siempre trastornan á la humanidad entera.

Fué á causa de una muger de Thebas, que hubo guerra durante diez años entre thebanos y phocenses. Por otra se exterminaron messenios y lacedemonios. Otra causó la encarnizada guerra de Troya. Por Betzabé lloró David día y noche, vió talado su grande imperio y sucumbió á las iras de su hijo Salomon.

Por causa de Lucrecia se acabaron los reyes en Roma. Virginia dió en tierra con el dominio de los decemviros. Sanson, el valiente filisteo se arrojó y perdió todas sus fuerzas ante la hermosa Dalila. Herodia alcanzó por medio de una súplica amante que Herodes mandase degollar á San Juan Bautista. Nino fué muerto por orden expresa de Semiramis, y en fin, Marco Antonio, antes de vencido por Octavio, ya lo habia sido por Cleópatra.

No estrañará por tanto á mis lectoras que la influencia de las mugeres cristianas, hicieran un verdadero trastorno en nuestro mundo político, si vieran amenazadas de muerte nuestras mas respetadas creencias. La tolerancia de cultos no se introducirá entre nosotras, mal que pase á los mismos que pretendieran introducirla.

**

Un periódico extranjero dice *El asesinato de una joven* es una obra moral y de un mérito sobresaliente, y agrega que su autor es una persona estimable por mil títulos y que merece un premio.

Habrás visto una ocurrencia del colega! Con que el autor de un asesinato merece un premio?

Y la obra es moral y de un mérito sobresaliente?

Pues, señor, el que quiera que elojien sus obras y que por ellas le llamen estimable y hasta les otorguen un premio, no tiene mas que salir por esas calles asesinando jóvenes que es un gusto.

Pero que digo?..... El colega, al hablar de “EL ASESINATO DE UNA JOVEN” se refiere á un drama que ya conozco. Realmente que es magnífica obra dramática literaria. Su autor merece en verdad un premio: el no ha muerto con sus manos á ninguna joven: ha escrito una buena obra con ese titulo alarmanante.

Tiene razon el colega. Pues: ¿y qué se habian figurado U. U.?

**

El último concierto dado en el Salon de San Pedro por la “Sociedad musical de aficionados.” ha sido espléndido. Las Señoritas Delfina Dávila y Mercedes Ovalle han lucido su maestría en el canto y la dulzura de su voz fresca, suave y flexible como los ecos del canto de un ruiseñor de la elva. Muchas otras Señoritas han dado tambien muestras notables de que harán con sus adelantos, que los conciertos de San Pedro sean mas tarde verdaderos conciertos de salón, soberbias exhibiciones de perfeccionados artistas.

El sexteto Rebagliati no dejó que desear. El espíritu se encontraba en esos momentos á mayor altura de las breñas espinosas de este mundo. Aquello era sublime, angelical. Yo no sé como deberia expresarme para decir lo que sentia al escuchar las undosas armonías de esa obra sin rival. Claudio Rebagliati es su autor: se puede hacer mas enconmios?

Yo soy una rendida apasionada de la música: me merece un culto extraordinario como si fuera una diosa.

No sé como hay mugeres que puedan ser indiferentes y hasta enemigas del único arte que lleva el espíritu hasta las regiones celestes. Sin embargo, la historia algo nos dice á ese respecto.

Las esposas de los grandes compositores de música contemporáneos, tienen por lo general muy poca afición al divino arte. la mujer de Offembach detesta la música; lade Verdi nunca vá á la Opera; la de Gounod es muy devota y dice que su marido comete un pecado en escribir para el teatro; la de Strauss canta muy bien, pero no ha aparecido en las tablas desde que se casó. Dícese tambien que es muy celosa y que ha pretendido prohibir á los almacenadores de música de nueva York que vendan los walses de su marido, a fin de impedir que una de sus rivales los toque.

¿Son extravagancias bastante notables. Esas mugeres no merecen por cierto pertenecer al bello sexo.

**

Para despedirme de las bellas lectoras de “La Alborada,” hasta mejor ocasion, voy á terminar este pobre mosaico, anunciándolas que “El monitor de la moda” nos habla de un hermoso paletót de invierno hecho de cachemira, á la Sultana. Las que conozcan los vestidos orientales no tienen mas que pensar de la elegancia de esta prenda del vestido de una señorita. El caprichoso conjunto de colores que se nota en esta clase de telas y la galanura del corte del paletót Sultana, no necesitan elogios ni recomendaciones. No hay mas que ocurrir á los almacenes de comercio, y hacer de tan estimable prenda.

La Señorita Angela Carbonel os dará en adelante cada mes mayores estrellas de la moda.

Mi amable colega la Señora Villaran de Plascencia quien toca embellecer la proxima semana esta seccion con las mil preciosas flores de una galante fantasía podrá solozaros en los momentos de vuestra amena sociedad con las amigas.

ADRIANA BUENDIA.

Lima Julio 16 de 1875.

CHARADA.

En el naípe está mi prima.
Todos, segunda y tercera,
Hombres y animales, tienen;
A los de nacion inglesa
Tanto les gusta mi cuarta,
Que el tiempo darían por ella,
Y un apellido es el todo,
De esta charada pequeña.

M. ***

Las cuatro primeras señoritas, que envíen soluciones, tienen derecho al sorteo de dos piezas de música que regala la autora.—

PERMANENTE.

Cualesquiera reclamaciones referentes á LA ALBORADA, deben dirigirse al local de su direccion, calle de Ortiz N. 89, altos, departamento de la izquierda.

El Luzon para recibir los originales destinados á la publicacion de este semanario, se cerrará el miércoles en la noche, de cada semana, para el número que debe salir en ella.

EMPRESA TIPOGRAFICA
Calle de Camaná, antes Ayacucho. Ns. 128 y 130.